

LA PRESENCIA JUDIA EN LA VIDA ARGENTINA

Judith Laikin Elkin*

Este trabajo tiene el propósito de describir la situación de la población judía en la Argentina, que es el país que contiene el número mas grande de judíos en America Latina. Estas percepciones se han derivado de mi trabajo como latinoamericanista. Ellas son también las percepciones de una extranjera, y en esa medida, pueden sonar extrañas a los oídos latinoamericanos. Pero yo sé que en los Estados Unidos hemos llegado a estar más conscientes de muchos aspectos raciales y étnicos de nuestra sociedad gracias al trabajo de un extranjero, Gunnar Myrdal. Espero que mi trabajo sea útil para la mejor comprensión de la sociedad argentina.

La posición de los judíos en Argentina no se puede disociar de la naturaleza de la política argentina. En la medida en que la vida judía se mueve dentro de la vida de las naciones, es necesario entender estas sociedades más grandes en las cuales ella crece para comprender su propia micro estructura. Un historiador extranjero que se comprometa con el estudio de Argentina pronto se da cuenta de que, a pesar de que esta nación es vista como una nación monolítica, en el hecho, hay varios grupos étnicos que viven allá, que no se conforman a la norma cultural mayoritaria o dominante y que por lo tanto ocupan un rol marginal en la sociedad. Los judíos son un grupo de esa naturaleza. Así, el estudio de la Judería Argentina no es solamente un fin en sí mismo, sino que también, permite tener una nueva perspectiva desde la cual mirar la sociedad no judía.¹

La sociedad contemporánea argentina es el producto de dos tradiciones divergentes y conflictivas. El catolicismo español transmitido al Nuevo Mundo en los siglos quince y dieciseis; y el Pensamiento Ilustrado difundido a través del Mundo Occidental como resultado de la Revolución Francesa del siglo dieciocho. Estas dos tradiciones se manifiestan a través de insti-

tuciones completamente diferentes que coexisten con dificultad y que no han cesado de luchar por la supremacía. Como resultado, la historia de Argentina no ha sido una marcha ininterrumpida hacia la modernidad, sino que más bien, la realización de un diseño confuso de cambios entre autoritarismo y democracia. Las instituciones autoritarias heredadas del pasado español – la iglesia, el ejército, y el señorío de la tierra – son más viejos que el estado. Cada una de ellas es extremadamente fuerte – durante ciertos períodos más fuerte que el gobierno – y cada una de ellas está estructurada de tal manera de repeler categoricamente la participación de los judíos. Estas instituciones funcionan, sin embargo, en un medio intelectual cuyos orígenes se ligan a los Derechos del Hombre y a La Constitución de los Estados Unidos. Esta juxtaposición diacrónica de elementos antitéticos tolera tanto a los judíos como a los antisemitas. Estas instituciones y la sociedad dentro de la cual ellas funcionan constituyen el soporte estructural para la presencia de los judíos en Argentina.²

La iglesia se anticipa al gobierno, habiendo sido exportada al territorio por España tres siglos antes de que Argentina existiera. Esta era la iglesia de la Contra-Reforma resguardada de la Reforma por una monarquía que nunca aceptó la necesidad de reconceptualizar la teología heredada de la Edad Media. Durante el turbulento medio siglo de guerra civil que siguió a la Independencia de Argentina en mil ochocientos diez, la iglesia llegó a ser el único elemento estabilizador en la caótica escena militar y política. Después, gobiernos de fuerza confiaban en la iglesia para afirmar su autoridad en las inquietas tierras. La iglesia proveyó tradición y continuidad en períodos en que el gobierno fue inefectivo y la violencia amenazaba con estrangular la nación argentina.

Hoy día, a pesar de que los argentinos puedan ser menos religiosos que en el siglo diecinueve, el Catolicismo sigue siendo una parte esencial de su ser. La iglesia, desde su privilegiada posición en la Constitución, se cierne como una presencia guardiana sobre el sentido de la nacionalidad argentina. Desafiada por fuerzas contrabalanceadas dentro de la sociedad, la jerarquía de la iglesia sigue rechazando las nuevas direcciones del Concilio de Vaticano Segundo con respecto a los judíos. Esta es la iglesia que, en el último cuarto de siglo, ha llegado a estar más, no menos, identificada con el nacionalismo argentino. La misma palabra “nacionalista” tiene connotaciones chovinistas y católicas y excluye a los judíos por definición.

Esta iglesia nutre a los cuerpos de oficiales de la Argentina. La Escuela Nacional de Guerra y las escuelas preparatorias que desembocan en ella, desautorizan la aceptación de los judíos en condiciones de igualdad con los católicos. Los jóvenes judíos son reclutados para el Ejército junto con sus pares, pero la entrada en los cuerpos de oficiales es custodiada por fraterni-

dades militares que participan de la naturaleza de la hermandad religiosa. El pedigrí de casa aspirante es escrutado a cuenta de sus ancestros de cristiano viejo, y a ningún judío se le ha permitido llegar a ser un oficial comisionado desde mil novecientos treinta y cuatro. La exclusión del Comando Militar sería un asunto muy serio en cualquier país; debería serlo más aún en Argentina, donde el ejército se considera superior a la autoridad civil y gobierna por sí mismo o determina quien debe gobernar en su lugar.

El estatus de los ganaderos, elite tradicional de la sociedad argentina, fue muy erosionado por el desarrollo de la industrialización tanto como por las depredaciones de Perón. Estaba basado en la posesión de enormes propiedades que fueron parceladas mucho tiempo antes de que ningún judío hubiera entrado al país, y fue cimentado por esa suerte de esnobismo social que generalmente prevalece en contra de los judíos en círculos como ese. El Jockey Club y la Sociedad Rural no dan a los judíos una puerta de acceso a la sociedad. Por extensión de esas instituciones, los judíos son también excluidos del cuerpo diplomático y de la magistratura. Aunque es posible identificar individuos nombrados de vez en cuando, estos son excepciones que confirman la norma.

Los sindicatos de trabajadores, que ingresan a la lucha por el poder mucho más recientemente, podían haber ofrecido a los judíos una puerta de acceso a la sociedad general, como lo hicieron en Estados Unidos. De hecho, los inmigrantes judíos eran mayormente campesinos y proletarios, y muchos de ellos tomaron parte en la formación de los sindicatos del trabajo así como en la formación del Partido Socialista Argentino. Pero, ciertas fuerzas históricas se combinaron para limitar la participación de los trabajadores judíos en el poder proletario argentino.

En mil novecientos nueve, un joven judío ruso anarquista, Simón Radowitzky, asesinó al Jefe de Policía Ramón Falcon en venganza por la matanza de trabajadores en una marcha del primero de mayo. A esto siguieron los asaltos de la juventud dorada de la ciudad contra las instituciones y los negocios judíos en el distrito Once de la ciudad. Diez años más tarde, una huelga industrial fue transformada en un pogrom de verdad, en el cual bandas de hombres armados invadieron los hogares judíos, negocios y centros culturales en Buenos Aires y en Montevideo, matando e hiriendo a docenas de personas sin que la policía interviniera para detenerlos. Este y otros acontecimientos menos dramáticos marcaron el límite de la permeabilidad de las instituciones argentinas y señaló la marginalización definitiva de los judíos. En los cuarenta la captura y domesticación del movimiento sindical por Juan Perón dio por resultado la infusión de los valores nacionalistas en la clase trabajadora y en la correspondiente presión a los traba-

jadores judíos para asimilarse. Mientras tanto las circunstancias histórico-económicas alejaron a la mayoría de los judíos argentinos de la clase trabajadora y los impulsaron en la pequeña burguesía. Hoy día, a pesar de que hay judíos en los sindicatos de trabajadores y en el movimiento justicialista, ellos se han alejado de la comunidad judía.

Estas son, entonces, las instituciones que estructuran la sociedad argentina. Cada una ha probado, sola o en combinación, ser la más fuerte, atraer una lealtad más intensa que el gobierno, (el que es visto a menudo como un campo de juego de civiles incompetentes) y ser capaz de producir su caída. En Argentina, la "caída" del gobierno no implica un mero cambio de administración sino que el colapso de la autoridad civil y la intervención de los militares.

El antisemitismo introducido en la sociedad por estas instituciones forma un contexto en el cual los actos antisemitas pueden ocurrir impunemente, ya que ellos son aceptables para un gran sector del público argentino. Se dice a menudo que los emigrantes Nazis son responsables por la persistencia del antisemitismo. Ciertamente, el movimiento nazi – bastante desacreditado en el resto del mundo pero ahora alcanzado nueva vida en Argentina – debe tener alguna responsabilidad. Por ejemplo, han sido bien documentadas atrocidades motivadas por las ideas nazis contra presos judíos durante el así llamado *proceso* de reorganización nacional, 1976-1983.³

Pero los nazis refugiados del debacle de la segunda guerra mundial fueron admitidos también en Estado Unidos y Canadá, y en estas sociedades no floreció el estigma del antisemitismo organizado. En estos países la tolerancia religiosa y el respeto por las diferencias culturales confina a los nazis a los márgenes de la sociedad; en Argentina, los nazis comparten una tierra común con las instituciones sociales más importantes.

Además de la Argentina tradicional, hay otra Argentina que nace de la Ilustración, acogiendo bien la inmigración de diferentes pueblos, incluyendo los judíos, y celebrando su asimilación a la norma nacional. Esta Argentina minimiza la influencia de la iglesia, rechaza la custodia militar, y visualiza una nación que es a la vez secular y liberal. Durante los interludios democráticos, Argentina impuso pocas barreras a la participación cívica de los judíos. Las elecciones han traído siempre individuos judíos a la legislatura estatal y nacional, demostrando la amplia aceptación de los judíos en el pueblo argentino.

Durante los interludios liberales hay libertad de expresión para los judíos y los no judíos. El escritor Alberto Gerchunoff, el dramaturgo Samuel Eichelbaum, el egiptólogo Abraham Rosenvasser, y muchos otros reconocidos judíos son miembros honrosos del panteón argentino. En pe-

ríodos democráticos como el presente, nombres y temas judíos surgen a la superficie. La impresión en estos tiempos es la de una sociedad enteramente abierta a los judíos. Todavía, la conciencia de la así llamada raza de una persona destacada no se pierde nunca.

En la escena política, hemos visto alcanzar el poder político a un hombre tal como Cesar Jaroslowsky, elegido diputado nacional y luego elegido por sus colegas para dirigir el partido radical en la cámara de diputados. Jaroslowsky ha clarificado muchas veces su posición con respecto a su herencia judaica. Por ejemplo, en 1984, "Soy un hombre que ni anda exhibiendo su origen, ni lo niega. Simplemente soy descendiente de judíos como otros argentinos tienen otro origen. Para mí, esa es una diferencia circunstancial."⁴ Sin embargo, las apariciones públicas de Jaroslowsky son habitualmente acompañadas de burlas antisemitas, mientras que su asociación y la de otros judíos con el gobierno del presidente Raúl Alfonsín ha causado que esta administración sea llamada burlescamente "la sinagoga radical".

La exclusión de los judíos de las instituciones centrales de la sociedad niega la legitimidad de la cultura judío-argentina, y los ataques físicos a instituciones e individuos judíos, inevitablemente condicionan las actitudes de los judíos. Aparentemente la actividad política de su parte es castigada dos veces: el activista político judío es denunciado tanto por judío como por activista.

Una perspectiva sobre los judíos es compartido entre nacionalistas y liberales. Están de acuerdo que todo lo que es diferente en los inmigrantes, todo lo que no se conforma al paradigma nacional, debe ser eliminado de la persona que desea ser aceptada como argentino. Mientras los nativistas rechazan a los judíos completamente, los liberales los aceptan como individuos pero niegan la validez de la cultura que los ha formado. Ellos aceptan a los judíos pero no su judaísmo.

El alto número de matrimonios con judíos en una sociedad que está estructurada para su rechazo es el mayor punto de contacto entre la cultura católica y de la Ilustración. Un individuo puede casarse con una persona judía y permanecer totalmente integrado en la sociedad argentina. Estas personas tienden a negar la existencia del antisemitismo sin reconocer que los judíos y el judaísmo están definidos fuera de las instituciones que estructuran sus vidas diarias.

Los judíos están así enfrentados a una elección entre "la total asimilación a los modelos culturales dominantes o la existencia como enclave cultural en el margen de la sociedad nacional y rechazada por ella". Aquellos que desean mantener consciente su identidad judía organizan su propia estructura social privada que mima aquella de la sociedad más grande. En

respuesta a la repulsa social, que no es afectada en lo más mínimo por buenas relaciones interpersonales, estos judíos y en esa medida ajeno a la cultura argentina. Ellos rechazan la participación en la sociedad mayoritaria por quimérica, carta de crédito que es válida sólo mientras el gobierno del momento esté en el poder.

No es ninguna novedad decir que los judíos adoptan la coloración de sus sociedades anfitrionas. Los judíos organizaron instituciones que eran la imagen especular de aquellas otras instituciones cerradas que dificultaban su acceso a la sociedad argentina. Como las instituciones de la sociedad más grande, ellos, del mismo modo, ponen barreras a los extranjeros. La exclusión total de matrimonios mixtos, y el rechazo de las conversiones al judaísmo sirven para mantener las estructuras sin las cuales los judíos argentinos no podrían concebir su sobrevivencia. En Argentina, uno está adentro o afuera de la colectividad; no se puede estar en las dos partes. La colectividad organizada subsiste en los intersticios de la sociedad, en territorios nos adjudicados previamente por instituciones reguladas por las normas católicas. Las estructuras de la comunidad judía son reconocidas por el gobierno; sus líderes son reconocidos como portavoces de la comunidad judía. Ellos son vistos como legítimos, pero también como extranjeros. Los argentinos no-judíos perciben la colectividad como una entidad misteriosa, cerrada, que confirma el mito de que el judío internacional no trama nada bueno detrás de las puertas cerradas.⁵

Como resultado de los años del Proceso muchas personas reforzaron su conservantismo debido a los terribles castigos impuestos a los judíos, que constituyeron quizás el diez por ciento de las víctimas, siendo menos del uno por ciento de la población. La experiencia de la represión fortificó la convicción de algunos de que sus niños deben ser aislados de la sociedad argentina para que ellos sobrevivan. Piensan que esta sobrevivencia sólo puede ser asegurada dentro de una colectividad cerrada. Con la apertura de la sociedad que implica la democracia, ellos temen que sus hijos sean absorbidos por las corrientes políticas alrededor de las universidades y se conviertan en posibles víctimas. La promesa de la Ilustración de un libre acceso a la vida pública les parece un sueño. Para este sector de opinión la respuesta a la democracia ha sido alejarse de falsas promesas y volverse hacia la religión. Es el fin del sueño liberal.

La respuesta de muchos intelectuales judíos seculares, involucrados en profesiones liberales, artes y política, es distinta. Ansiosos de ser aceptados por la mayoría de la sociedad y quizás no atraídos por el pequeño universo de la comunidad judía, experimentan claustrofobia en el ambiente totalmente judío de la colectividad. Los trabajadores judíos cuya identidad es desplazada por su condición proletaria tienden a ver la colectividad

como un bastión de la clase media. Ambos tienden a conformarse a las expectativas sociales, alejándose de su identificación judía hacia una identidad argentina indiferenciada. Durante los interludios democráticos, mientras los principios de la Ilustración predominan, estos judíos funcionan bastante bien. El retorno de la moralidad católica medieval, sin embargo, los deja desprotegidos, en la calle, vulnerables a la represión como inconformistas y como judíos.

En este momento, a pesar del hecho de que los judíos han vivido en Argentina por más de cien años, no está claro si hay un camino intermedio: una posibilidad de vivir felizmente tanto dentro de la tradición argentina como la tradición judía, creando una cultura brillante como la de los sefarditas en España.

Hay un cuarto de millón de judíos en Argentina. A pesar del hecho de que más del noventa por ciento son nativos, ellos no han sido plenamente aceptados como ciudadanos. El problema judío es que los que se destacan en la vida pública convierten a toda la comunidad judía en blanco de los ataques anti-semitas. El problema no-judío es que estos mismos ataques llegan a ser parte de una estrategia para minar la democracia, socavándola en su punto más vulnerable. Argentinos que quieren defender la democracia no pueden ignorar el estatus en el cual ellos han puesto a sus conciudadanos judíos.

NOTAS

¹ He analizado las comunidades latinoamericanas desde el punto de vista norteamericano en el último capítulo de mi historia comprensivo, *Jews of the Latin American Republics* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980). Ver también Eugene Sofer, *From Pale to Pampa: A Social History of the Jews of Buenos Aires* (New York: Holmes & Meier, 1982) y Haim Avni, *Argentina y la historia de la inmigración judía, 1810-1950* (Jerusalem: Magnes Press, 1983).

² Este análisis aparece más ampliamente elaborado en mi ensayo, "Antisemitism in Argentina: The Jewish Response," in Jehuda Reinharz, ed., *Living with Antisemitism: Modern Jewish Responses* (Hanover & London: University Press of New England, 1987).

³ Ver *Nunca más*, reportaje de CONADEP, la comisión oficial del gobierno argentino para investigar la desaparición de personas a las manos de los militares.

⁴ *Revista Libre*, Nov. 27, 1984.

⁵ La cantidad de folletos y revistas antisemitas en venta en las calles de Buenos Aires coge por sorpresa la viajera acostumbrada a los kioscos de otros países más iluminados.